

COSAS MIAS



Por COLL

Si yo fuera sajón, no podría tragar a los latinos. Pero así, tiene que ser al contrario.

★
Hay mujeres que me caen mal y mujeres que me caen bien. Las que me caen mal, que se levanten como puedan. Y las que me caen bien... ¡me caen la mar!...

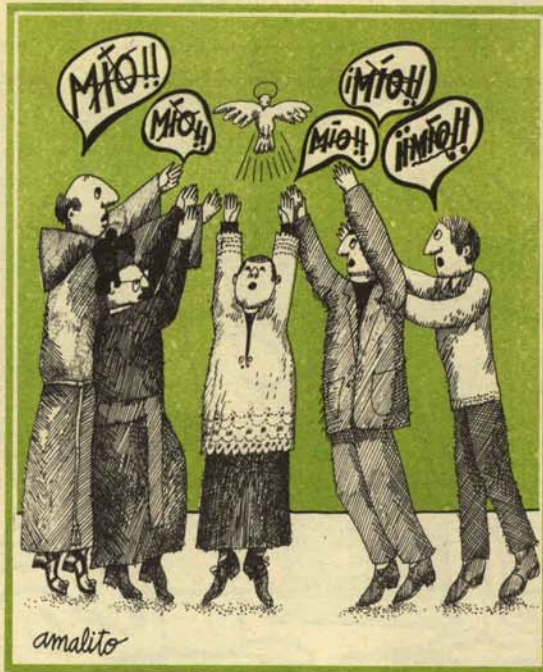
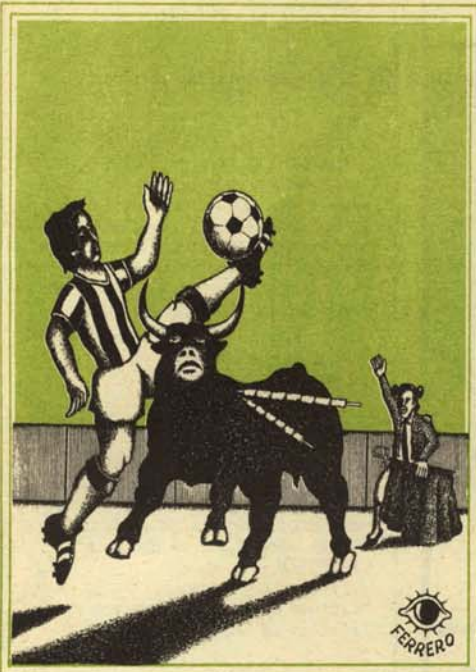
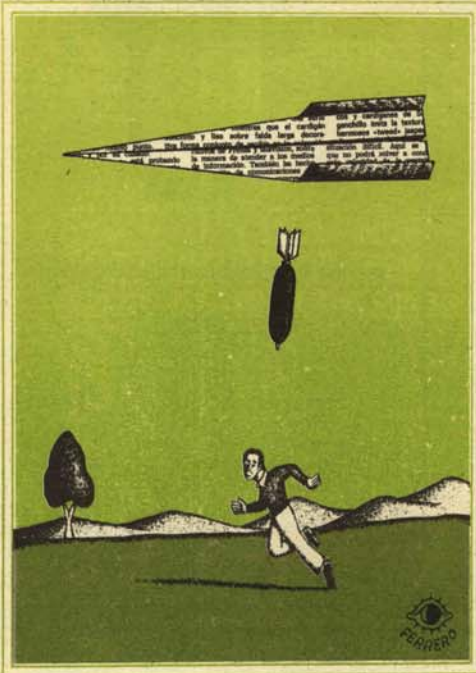
★
Si las guerras sirvieran para algo, tendría que haber más guerras.

★
Los norteamericanos ya se creen los amos del mundo. Pero nos ha costado demostrárselo.

★
Me gustaría que una mujer se hubiera suicidado por mi amor. Pero nada, ahí sigue, llamándome querido esposo.

★
¿Por qué cuando los árabes fueron expulsados en el siglo XV no declararon la guerra del petróleo y ahora sí? No les convenía.

★
El exceso de civilización acarrea la caída de los pueblos. Así que podemos estar tranquilos.



HACER MANITAS

OTRO uso nacional que se está perdiendo es el de hacer manitas. ¿Es que los jóvenes y las jóvenes del país ya no gustan de hacer

manitas, de cogerse las manos y sobárselas bien en una zona verde?

Los cazadores se quejan de que no hay piezas, de que vas a las Tablas de Daimiel, al Coto de Doñana o la finca del señor marqués y no te salen más que avutardas tuberculosas. Pues lo mismo pasa con las parejas. La caza de parejas era un bonito deporte de guarda s jurados, matrimonios proyectos, gamberros en escuadrilla y personas decentes en general. No tenías más que salir de ojeo por los parques públicos, las orillas del río o la meseta en general, para sorprender fácilmente a unas cuantas parejas entregadas al menester de las manitas o a otros menesteres igual-

mente punibles y cinegéticos. Ahora, no.

¿Es que la gente se ha vuelto formal, apática, asexual, frígida, tonta? Los estructuralistas de los ecosistemas dicen que lo que pasa es que la gente ya no practica sus feos vicios al aire libre y bajo las estrellas, sino que se meten en el seiscientos, en el apartamento o en la discoteca superpop. Si esto es así, el país está perdiendo mucho encanto, pues la alegría de España, antes, era que, como nadie tenía un duro, debajo de cada árbol había una pareja retozando, en cada butaca de cine de barrio había varias parejas retozando, y en cada zona verde se cubicaban varias docenas de parejas por metro

cuadrado. Eramos el país del amor. No del amor libre, sino del amor al aire libre, que es otra cosa más sana y más nuestra.

Ahora, o bien porque el nivel de vida engendra frigidéz, como sostienen los apóstoles de la resignación, o porque la política de paradores ha ido demasiado lejos, lo cierto es que nuestros campos, nuestros parques y nuestras esquinas han perdido la alegría picante del amor con frío, que tanto perseguíamos entonces, y que ahora echamos de menos. Aquellos suspiros de amor eran los suspiros de España. Ahora, la gente suspira entre cuatro moquetas y el voyeurismo de derechas no se enteraría de nada. Mal vamos. ■ LORD.

